

La identidad como decisión de análisis para el estudio de la emigración argentina: la vigencia del debate constructivista y discursivo



Mariana Patricia Busso¹

¹ Actualmente cursa el Doctorado en Comunicación Social de la Universidad Nacional de Rosario (Argentina), con beca de posgrado de CONICET. Es miembro del Centro de Investigaciones en Mediatizaciones (CIM) de esa Universidad. Sus objetos privilegiados de estudio son las migraciones, la identidad y los estudios sobre mediatizaciones. mbusso@conicet.gov.ar // mar_busso@hotmail.com

Resumen

En los últimos años, ha sido casi redundante en las ciencias sociales proponer que la identidad es múltiple, diversa, compleja; una identidad construida, en oposición a un esencialismo que asociaba la identidad a características estables, universales u homogéneas. En este trabajo se busca definir el concepto de identidad en relación al abordaje de la emigración de argentinos, asumiendo y problematizando estas afirmaciones, y proponiendo además que la pertinencia analítica de su empleo se refuerza con la utilización de una perspectiva constructivista-discursiva. Este abordaje nos alerta contra su naturalización o universalización, y nos permite dar cuenta de la puesta en sentido que la problemática identitaria conlleva para los propios sujetos individuales o colectivos.

Palabras clave: identidad; discurso; constructivismo; emigración

Resumo

Nos últimos anos, tem sido quase redundante nas ciências sociais postular que a identidade é múltipla, diversa, complexa; uma identidade construída, em oposição a um essencialismo que associava a identidade a características estáveis, universais ou homogêneas. Neste artigo, procura-se definir o conceito de identidade com relação à emigração de argentinos, assumindo e problematizando estas alegações e considerando também que a relevância analítica de seu emprego é reforçada pelo uso de uma perspectiva construtivista-discursiva. Esta abordagem nos adverte contra sua naturalização ou universalização e nos permite dar conta da significação que a problemática identitária acarreta para os próprios sujeitos individuais ou coletivos.

Palavras chave: identidade; discurso; construtivismo; emigração

Abstract

In the last years, it has been almost redundant in social sciences to propose that identity is multiple, diverse and complex; an identity that is constructed, in opposition to an essentialist approach that associates identity with stability, universality or homogeneity. In this paper, our purpose is to define the concept of identity regarding the study of Argentinian emigrants, assuming and problematizing those statements; besides, we propose that the analytical relevance of its employment is reinforced by the utilization of a constructivist and discursive perspective. This approach alerts us against the naturalization or universalization of identity, and allows us to analyze the signification that it implies for individual or collective subjects.

Keywords: identity; discourse; constructivism; emigration

1 Introducción

En este artículo buscaré definir el concepto de identidad a partir del cual se desarrollará el trabajo comparativo propuesto en mi tesis, actualmente en curso, el cual pone en relación las construcciones identitarias relativas a los emigrantes argentinos hacia España e Italia presentes en dos conjuntos discursivos: la prensa gráfica nacional y los foros online, durante el período 2001-2005².

En los últimos años, casi se ha vuelto un lugar común en las ciencias sociales proponer que la identidad es múltiple, diversa, compleja; una identidad construida, en oposición a un esencialismo que asociaba la identidad a características estables, universales, homogéneas. Es por ello que se trazará este breve recorrido teórico sin perder de vista que el objetivo que nos mueve se enlaza con la justificación misma de mi trabajo; propósito que, justamente, no puede desligarse de otra preocupación específica: ¿Qué podemos decir sobre la identidad sin caer en redundancias? ¿Cuál es la riqueza del concepto de identidad, que nos mueve a analizarla?

Se sostiene, aquí, que la pertinencia de abordar la problemática de la identidad se refuerza con el empleo de la perspectiva constructivista-discursiva, ya que pone en cuestión cualquier intento de naturalización o de universalización que tome a la identidad como un objeto dado. Al mismo tiempo, sostengo que el hecho de que las identidades puedan ser reconocidas como una ‘categoría de la práctica’, esto es, como asumidas por los propios individuos a los que interpelan (incluso como inmutables o esenciales), no es desdeñable sino que representa un aliciente para su estudio.

2 Sobre un debate recurrente: la identidad entre el esencialismo y el constructivismo

¿Por qué hablar de *identidad*, podríamos preguntarnos, ante la abrumadora insistencia en cuestionar el concepto mismo de identidad? Un lector atento

² Este artículo forma parte de mi tesis doctoral actualmente en elaboración, titulada *La construcción discursiva de las identidades emigratorias argentinas: un análisis comparativo de la prensa gráfica nacional y de los foros online (2001-2005)*; investigación en la que me propongo dar cuenta de las construcciones identitarias relativas a los emigrantes argentinos hacia España e Italia, presentes en dos conjuntos discursivos distintos pero interconectados: aquel conformado por los diarios Clarín y La Nación (diarios considerados de *referencia dominante* en la Argentina), y aquel que reúne los posteos realizados por emigrantes argentinos en foros online (www.emigrantesargentinos.com, www.patriamadre.com, www.mequieroir.com) durante el período 2001-2005.

podrá notar que he apenas parafraseado a Stuart Hall, y estaría cierto. En su célebre ensayo “¿Quién necesita identidad?” (Hall, 2003), este autor sostenía la necesidad de dar un debate profundo sobre la cuestión, ya sea desde las dificultades de la indagación teórica como desde la movilización política. La provocación implícita en la propia pregunta reavivó la actualidad del debate académico por la identidad y su potencialidad conceptual y analítica³, amén de su polemicidad en el campo de lo político; en efecto, el concepto de identidad ha sido empleado en las últimas décadas para abordar los fenómenos más diversos: problemáticas de género, de trabajo, étnicos, raciales, generacionales, migratorios, han sido estudiados bajo esta lupa analítica.

Carlos Altamirano (2002) reconoce dos grandes tradiciones o dos grandes modos de entender la identidad, que perduran hasta la fecha y que serán de aparición recurrente en los trabajos interesados en la temática: ellos son el *esencialismo* y el *constructivismo*, o las concepciones *fuertes* y *débiles* de la identidad, en palabras de Roger Brubaker y Frederick Cooper (2001). Mientras que los esencialistas “consideran que la identidad mana de una naturaleza idéntica compartida”, y hacen énfasis por lo tanto en la igualdad a través del tiempo o de las personas, los constructivistas consideran que la identidad “es construida artificialmente en la interacción social”, y ponen el acento en su multiplicidad, maleabilidad y fluidez (Altamirano, 2002, p. 129). Y ello, en el marco del individuo promovido con el ascenso del capitalismo, donde la identificación deja de ser un acto de sometimiento para producirse como una suerte de asociación entre individuos considerados autónomos y libres: “La identidad ya no es una propiedad que comparten dos o más sujetos, sino que cada uno tiene la suya, que le es propia, y es a partir de la identidad de cada uno que se forman las identidades colectivas” (Altamirano, 2002, p. 130). Renato Ortiz (1998), por su parte, denuncia que esa categoría se encuentra “atravesada por una cierta obsesión ontológica” (Ortiz: 1998, p. 49), ya que tanto desde el punto de vista filosófico como antropológico es concebida como algo que *se es*, y que la convierte, por ende, en observada, delineada y determinada de una determinada manera.

El interés intelectual y académico por las problemáticas de la(s) identidad(es), por lo tanto, ha sido recurrente en las últimas décadas, en consonancia con los ecos del debate modernidad/posmodernidad de los 80 y su crítica a los universalismos, a los grandes sujetos colectivos y también “a los ‘grandes relatos’ legitimadores de la ciencia, el arte, la filosofía” (Arfuch, 2005, p. 22). Paralelamente, mutaciones en las formas de concebir el mapa mundial, en especial en relación a la globalización y sus problemáticas conexas, redundaron en un mayor interés por estudiar la permanencia y las transformaciones sufridas por las adscripciones identitarias, que se ponían en cuestión por el afloramiento de minorías antes invisibilizadas.

La referencia a la identidad, además, presenta una particularidad distintiva: se trata tanto de una “categoría de la práctica” tal como la nombran Brubaker y Cooper (2001, p. 5) parafraseando a Pierre Bourdieu, es decir, de una categoría empleada por los propios actores sociales a fines de dar sentido a sus actividades; y, al mismo tiempo, conforma una categoría de análisis

³ Remito aquí al trabajo de Altamirano (2002), quien en la voz “Identidad” de su *Términos críticos de sociología de la cultura* da cuenta de las influencias y desarrollos que confluyeron en el concepto de identidad: desde el psicoanálisis y los grandes clásicos de la sociología como Marx, Weber y Durkheim, pasando por el interaccionismo simbólico de Goffman, y hasta llegar al constructivismo social y la fenomenología de Berger.

social y político, cargada de ambigüedades⁴.

Para mi trabajo, he privilegiado la conceptualización que estos autores asocian a la identidad entendida como el producto efímero de múltiples discursos, siendo invocada “para iluminar la naturaleza *inestable, múltiple, fluctuante y fragmentada* del ‘yo’ contemporáneo” (Brubaker y Cooper, 2001, p. 10), sin desconocer en esta adopción las complejidades y las polémicas de las que ha sido objeto. Huelga mostrar que reconocemos en la identidad así definida las influencias del posestructuralismo de corte foucaultiano y de las teorías posmodernistas, cuestiones ya suficientemente abordadas en múltiples producciones del ámbito académico. Más bien, me limito aquí a reafirmar que se adopta ese punto de vista constructivista que enfatiza para la categoría de identidad su extrema inestabilidad, y que se preocupa por revelar su carácter construido en relación a un *otro*, su emergencia en tanto producto de luchas y negociaciones históricamente situadas, en oposición a conceptos de identidad que destacaba su homogeneidad y su posición objetiva en la estructura social.

En ese sentido, y aún a costa de caer en ese lugar común que deslizáramos más arriba, creo necesario aclarar que se nombra aquí tanto a la identidad en singular como a su despliegue plural, las identidades, al reconocer justamente que éstas son construcciones relacionales, múltiples y contingentes, pudiendo operar –amalgamándose, tensionándose, antagonizando– diversas identidades al mismo tiempo en un individuo o en una colectividad determinada. En palabras de Eduardo Restrepo: “(...) en un individuo se dan una amalgama, se encarnan, múltiples identidades, identidades de un sujeto ‘engendrado’ (por lo de género), de un sujeto ‘engeneracionado’ (por lo de generación), entre otros haces de relaciones” (Restrepo, 2007, p. 26).

La utilidad analítica del concepto de identidad, desde un punto de vista constructivista, reside en un elemento que se mencionaba antes, y que profundizaré ahora: su dimensión discursiva. Esta dimensión, que ha sido problematizada epistemológicamente desde el así llamado *giro lingüístico* y desde los estudios culturales, pone el énfasis en la construcción de las identidades a partir del discurso y en la narración en tanto configuradora de la experiencia humana. El interés por la dimensión discursiva en tanto constitutiva de las identidades implica, por lo tanto, problematizar esas construcciones, a la par que proponer que esa dimensión “no sólo establece las condiciones de posibilidad de percepciones y pensamientos, sino también de las experiencias, las prácticas, las relaciones” (Restrepo, 2007, p. 27).

3 La identidad en el discurso: breve repaso desde el giro lingüístico y los estudios culturales

La opción por el abordaje discursivo en relación a las identidades nos emparenta con los estudios del así llamado *giro lingüístico* y con una tradición de los estudios culturales que han hecho de las identidades una preocupación central, y donde el discurso aparece problematizado en su

⁴ Brubaker y Cooper dan cuenta de esa serie de complejidades listando una serie de usos clave que ha recibido el término, desde el punto de vista de la investigación académica: (1) la identidad como opuesta al interés, para abordar modos no instrumentales en la acción social y política; (2) la identidad como “una igualdad fundamental y consecuente entre los miembros de un grupo o categoría” (Brubaker y Cooper, 2001: 9); (3) la identidad en relación a la conciencia del ser individual, en tanto aquello que se asume como profundo, perdurable, originario; (4) la identidad como producto de la acción social y política, “invocada para iluminar el desarrollo procesual, interactivo del tipo de autocomprensión, solidaridad, o ‘grupalidad’ colectivos que posibilita la acción social” (ibidem); y, finalmente, (5) la identidad entendida como el producto fugaz de discursos diversos, la cual se pone en juego para dar cuenta de la cualidad inestable y, fragmentada y móvil del sujeto.

densidad significativa y en sus operaciones de puesta en sentido.

En relación al *giro lingüístico*, someramente se dará cuenta aquí que remite al trabajo auto-reflexivo sobre el lenguaje, el discurso y la narración, en el que confluyen vertientes estructuralistas y posestructuralistas, así como desarrollos de la filosofía europea y anglosajona⁵. Por su parte, en su exploración sobre las principales orientaciones de la filosofía de fines del siglo XX, Dardo Scavino (2010) da cuenta de las tradiciones que confluyen en aquél⁶, y muestra que el giro en cuestión significa que “el lenguaje deja de ser un medio, algo que estaría entre el yo y la realidad, y se convertiría en un léxico capaz de crear tanto el yo como la realidad” (Scavino, 2010, p. 12).

Emparentándolo con un “constructivismo radical” (ibidem), Scavino propone que en el *giro lingüístico* las teorías o los discursos *crean* en lugar de descubrir la realidad (o de referirse a ella, podríamos acotar) y que, por ende, es el lenguaje el que orienta nuestra interpretación de esos hechos construidos. Por lo tanto, “el mundo no es un conjunto de cosas que primero se presentan o luego son nombradas o representadas por un lenguaje. Eso que llamamos nuestro mundo es ya una interpretación cultural” (Scavino, 2010: 37). Desde esta perspectiva, por lo tanto, es imposible conocer el mundo por fuera de los discursos que lo crean o lo construyen.

Resulta interesante en particular una de las consecuencias que desmenuza Scavino al recuperar estos trabajos: en este tipo de pragmática, el sujeto se constituye en el plano del lenguaje; y en ese plano también se construyen adscripciones que lo definen, como la identitaria. Si no hay significados que puedan articularse por fuera del lenguaje, es este último –y el discurso, se podría agregar- el que se convierte en soporte de la inteligibilidad de un mundo circundante, por sobre la figura de un *autor* originario y guía de las interpretaciones posibles.

Antes de continuar, es necesario realizar una breve referencia a otra de las fuentes teóricas que han trabajado las identidades desde el punto de vista que privilegio en mi trabajo: los *estudios culturales*. Se mencionó con anterioridad el ensayo de Hall (2003), en que el autor se pone la cuestión de dar un debate profundo sobre ese concepto: es cierto, sostiene Hall, que no podemos reemplazar un concepto como la identidad; aunque, dadas las críticas que ha recibido, quizás no sería descabellado poder hacerlo. Sin embargo, dado que “no fueron superados dialécticamente y no hay otros conceptos enteramente diferentes que puedan reemplazarlos, no hay más remedio que seguir pensando en ellos, aunque ahora sus formas se encuentren destotalizadas o deconstruidas y no funcionen dentro del paradigma en el que se generaron en un principio” (Hall, 2003, p. 14). Desde este punto de vista, la preocupación por la identidad -no ya desde su prisma tradicional, claro está- es absolutamente válida, ya que se trata de un concepto todavía no superado que permite aún pensar cuestiones clave de nuestra contemporaneidad, demuestra su vigencia justamente en el debate mismo acerca de la necesidad y la imposibilidad de operativizarlo.

La relación entre sujetos y prácticas discursivas es la preocupación central de Hall en el trabajo que se ha citado más arriba. La identidad, propone,

⁵ En palabras de Arfuch (2005), este enfoque trazó “un espacio donde confluyen –sin confundirse- entre otros, el enfoque pragmático/narrativo de R. Rorty (...), la conceptualización de H. White (...) sobre la narrativa histórica en cuanto a sus procedimientos, a la luz de los estudios literarios y lingüísticos, la indagación, en diverso grado deconstructiva, sobre la voz y la figura de sí y del otro en la propia escritura del etnógrafo o el antropólogo de C. Geertz (...), J. Clifford (...) y G. Marcus (...), P. Rainbow (...) y otros” (p. 22).

⁶ Para Scavino (2010), esta tradición se nutre en las producciones hermenéuticas de los herederos de Heidegger y Wittgenstein, así como de los trabajos de Habermas, Rorty y Lyotard; estos últimos, justamente, habrían acuñado la definición de giro lingüístico.

implica la cuestión de la *identificación* entre los dos polos de esa relación. Si bien las aristas psicoanalíticas de esta cuestión exceden a los límites del presente trabajo, es posible referir que desde el punto de vista discursivo que aquí me interesa, ésta es abordada como una construcción o como un proceso inacabado, contingente y posicional. Lo que significa que incluye en interior a una *falta*, a una ausencia, ya que no subsume una totalidad: “una vez consolidada, no cancela la diferencia. La fusión total que sugiere es, en realidad, una fantasía de incorporación” (Hall, 2003, p. 15).

Para este autor, la principal consecuencia de esta afirmación es reconocer que el concepto de identidad que se declina de allí no es esencialista sino estratégico y posicional: “este concepto de identidad *no* señala ese núcleo estable del yo que, de principio a fin, se desenvuelve sin cambios a través de todas las vicisitudes de la historia; el fragmento del yo que ya es y sigue siendo «el mismo», idéntico a sí mismo a lo largo del tiempo” (Hall, 2003, p. 17). Hall, entonces, propone un concepto de identidad que es fragmentaria y cuya construcción –múltiple- se realiza “a través de discursos, prácticas y posiciones diferentes, a menudo cruzados y antagónicos” (ibidem). Se impone realizar aquí dos reconocimientos que se derivan de esta aserción: por un lado, la reafirmación de que las identidades así entendidas se producen dentro del discurso y no por fuera de él; por otra parte, la admisión de que las diferencias son constitutivas de las identidades, que no pueden por ende pensarse sin ese otro constitutivo.

Sostiene Hall: “Precisamente porque las identidades se construyen dentro del discurso y no fuera de él, debemos considerarlas producidas en ámbitos históricos e institucionales específicos en el interior de prácticas discursivas específicas, mediante estrategias discursivas específicas” (Hall, 20003, p. 18). Las prácticas históricamente situadas a las que se refiere Hall son, para este autor, aquellas relacionadas con la modernidad y la globalización y, en particular, los procesos de migración que se producen en su interior, que implican el uso de los recursos del discurso y de la narración para construir su devenir. El proceso de constitución del sujeto es una de las preocupaciones que trae a colación este autor, que se pregunta: ¿cómo es que el sujeto construye una identidad y se convierte en susceptible de *decirse*, de enunciarse? Y responde: lo hace justamente a través de las adhesiones temporarias que se producen por parte de los sujetos discursivamente construidos, en relación a las posiciones subjetivas que se elaboran en las propias prácticas discursivas⁷. Esta posición, está claro, toma como base la postura epistemológica de ese giro lingüístico que abordáramos precedentemente, a partir el cual se considera a la realidad como socialmente construida y desde el que se “ve la identidad como una construcción íntegramente cultural, e incluso íntegramente lingüística” (Grossberg, 2003, p. 153)⁸.

Excede a los límites del presente trabajo en ahondar en la dimensión *narrativa* que fue apenas mencionada; nos permitimos, sin embargo, una breve digresión sobre este aspecto. En efecto, si pensamos a esa identidad como construida, como puesta en funcionamiento a través del discurso, ese relato de acontecimientos, memorias e interpretaciones nos aproxima a un

⁷ Si bien, como sostiene Grossberg (2003), el modelo identitario propugnado por Hall implica por sobre todo una distinción histórica y estratégica, también puede reconducirse al debate entre esencialistas / antiesencialistas que planteáramos en un inicio. La propuesta de Hall, está claro, se vincula con esta segunda posición, al recusar la existencia de identidades originales o auténticas, basadas en algún elemento común universal: “Las identidades son siempre relacionales e incompletas, siempre están en proceso. Toda identidad depende de su diferencia y su negación de algún otro término, mientras que la identidad de éste depende de su diferencia y su negación de la primera” (Grossberg, 2003: 152).

⁸ Grossberg (2003) advierte en los estudios culturales una tendencia a trabajar la temática de la identidad a partir de tres aspectos o lógicas propias de su vínculo indisoluble con la modernidad: la diferencia, la individualidad y la temporalidad. En su lugar, propone cuestionar los fundamentos teóricos de cada una de ellas, a fines de proponer como ejes analíticos alternativos “una lógica de la otredad, una lógica de la productividad y una lógica de la espacialidad” (Grossberg, 2003: 151), aspectos que le permitirían reelaborar esa co-constitución con lo moderno, no constituyendo la identidad a partir de la diferencia, sino construyendo la diferencia a partir de la identidad: “Lo moderno nunca se constituye como una identidad (diferente de otras) sino como una diferencia (siempre diferente de sí mismo, a través del tiempo y el espacio)” (Grossberg, 2003: 158).

ámbito que adquiere aquí especial relevancia: el de la narrativa, entendida aquí como una forma de representarse el mundo, de organizar el modo en que el sujeto se vincula con aquél. En palabras de Irene Klein, “todo relato nace de la imperiosa necesidad que tiene el hombre de ordenar la experiencia real o imaginada y de darle sentido” (Klein, 2009, p. 10). Sin embargo, esta función cognoscitiva no es la única posible por la cual nos interesamos en dar cuenta de la identidad desde este punto de vista. Existe una segunda función que Klein le otorga, y que es central para nuestro objetivo de dar cuenta de las identidades de los emigrantes; esto es, su propiedad de ser capaz de “dar cuenta de una transgresión que ocurre en el orden habitual, previsible, de los hechos” (Klein, 2009, p. 12). La migración, en ese sentido, puede considerarse como ese *acontecimiento inesperado* que impulsa a la búsqueda de un sentido en el que enmarcarlo; el relato permite entonces organizar y comunicar esa experiencia, a modo de intento de explicarla ante sí mismo y ante la mirada de los otros.

⁹ Brubaker y Cooper proponen alternativas en reemplazo del término identidad: la *identificación* (entendida como caracterización, como ubicación en una narrativa o en un determinado contexto), ya sea realizada por sí mismo o por el otro; y la *autocomprensión*, entendida como un “término disposicional” que designa “el propio sentido de quién es uno, de la propia locación social, y de cómo (dados los dos primeros elementos) uno está preparado para actuar” (Brubaker y Cooper, 2001: 22)

4 La vigencia de la identidad: una opción de investigación

Brubaker y Cooper (2001) han sostenido de modo tajante que el análisis en términos de identidad no sólo no es necesario, sino que sería también inútil como categoría de análisis, más allá de que pueda ser aun válido su empleo como categoría de la práctica⁹. Si bien, adhiero a la preocupación por no caer en un ‘constructivismo cliché’ que nos haga identificar como identitarias *todas* las problemáticas relativas a las distinciones con un *otro*, inclusive aquellas que excedan esa temática, considero que su utilización aun posee una potencia propia, que no ha podido ser reemplazada por el uso de conceptos alternativos.

No desconozco, está claro, que el peligro de esta decisión es el de emplear un concepto que se convierta en demasiado abarcativo y omnipresente. “La identidad seduce, pero también confunde”, alerta Restrepo (2007, p. 24). En este trabajo, sin embargo, se considera que la problemática de la identidad se encuentra plenamente vigente, debido a su capacidad de continuar articulando las problemáticas de diversos ámbitos de la vida social (las migraciones, los géneros, las generaciones, los nacionalismos...), convirtiéndose en el objeto de estudio central. Para enunciarlo con las palabras de Zygmunt Bauman, “pensamos en la identidad cuando no estamos seguros del lugar al que pertenecemos; es decir, cuando no estamos seguros de cómo situarnos en la evidente variedad de estilos y pautas de comportamiento” (Bauman, 2003, p. 41). Considero que tal característica, en lugar de invalidar su empleo y abordaje, impulsa la actualidad de su estudio, junto con una mayor preocupación por dar cuenta de su conflictividad constitutiva.

Se sostiene, aquí, que la pertinencia de abordar la problemática identitaria se refuerza con el empleo de la perspectiva constructivista-discursiva, ya que nos alerta y pone en cuestión cualquier intento de naturalización o de universalización de aquélla, entendida como ‘objeto dado’. Por el contrario,

esta perspectiva implica un tipo de registro en la investigación que requiere del analista social una atención decisiva hacia la operación discursiva, en tanto puesta en sentido de la posición de sujeto, individual o colectivo.

Al mismo tiempo, estoy convencida de que el hecho de que las identidades puedan ser reconocidas como una categoría de la práctica, esto es, como asumidas por los propios individuos a los que interpelan, no es desdeñable sino que representa un incentivo para su estudio. Comprender la densidad de las identidades también tiene que ver con reconocer por qué algunas de ellas son asumidas e, incluso, aparecen como primordiales o esenciales para los actores sociales. En cierto modo, esto implica también superar esa dicotomía estéril entre esencialismo y constructivismo que se mencionaba más arriba; en tanto investigadores, el desafío aquí es lograr mostrar las formas específicas que habitan en un cierto momento a esas identidades construidas y concretas, e intentar dilucidar cómo es que los sujetos pueden percibir las, por el contrario, como si fuesen ancestrales, esenciales e inmutables. Valgan aquí la reiteración y el énfasis: con esta afirmación no me refiero a una unidad o continuidad identitaria que se ve amenazada en la experiencia migratoria, sino –para el caso que me ocupa– a la actividad de los propios emigrantes de poner en discurso y en debate su propia identidad, en el sentido de una recreación de una pertenencia, de un proyecto, de una cultura.

He mostrado la relevancia de abrazar la opción por el discurso en relación a las identidades, aunque ello no nos exime de reconocer que, como sostiene Restrepo, “las identidades son discursivamente constituidas, pero no son sólo discurso” (Restrepo, 2007, p. 26). Esta afirmación, que en una lectura rápida pareciera demoler cuanto argumentado hasta aquí, en realidad nos confronta con la complejidad misma de esa dimensión: ello no significa abjurar de la tradición teórica que postula que lo real es construido por el discurso, sino que conlleva dar cuenta de que, para que sea inteligible y dotado de sentido, debe ser configurado *en* el discurso. La dimensión discursiva de las identidades, entonces, tiene efectos y constituye las relaciones, representaciones y disputas en el ámbito de lo social.

Desde el punto de vista teórico-metodológico del análisis de los discursos sociales podemos considerar, siguiendo a Eliseo Verón, que es a partir del estudio de esos discursos como podemos dar cuenta de la construcción social de lo real, aunque no hay que perder de vista que la semiosis es la condición de funcionamiento de una sociedad en todos sus niveles; sin embargo, ello no quiere decir “que manifieste las mismas modalidades en todos lados, ni que la sociedad en su conjunto tenga algún tipo de unidad significativa” (Verón, 1998, p. 125). Este *anclaje* del sentido en lo social, y de lo social en el sentido, se sitúa en el nivel de los *funcionamientos del discurso*; esto es, implica considerar la producción de sentido como eminentemente discursiva, ya que es allí donde el sentido manifiesta sus determinaciones sociales y donde los fenómenos sociales develan su dimensión significativa.

Es necesario aclarar que Verón (1998) no niega que existen otros factores por fuera de las *representaciones*¹⁰ cuyos soportes son los actores sociales; sin embargo, sostiene, si apuntamos a dar cuenta de la realidad de lo social,

¹⁰ Verón (1998) emplea aquí el término de *representaciones* o de *representaciones sociales* en su acepción de ideas o significaciones compartidas por los miembros de una sociedad, y no como el equivalente en la teoría de los discursos sociales del *objeto* de la teoría de Peirce.

no debemos perder de vista que ésta se construye en la red de la semiosis: “El mínimo acto-en-sociedad de un individuo supone la puesta en práctica de un encuadre cognitivo socializado, así como una estructuración socializada de las pulsiones. El análisis de los discursos sociales abre camino, de esa manera, al estudio de la *construcción social de lo real*”¹¹ (Verón, 1998, p. 126).

Por ende, adoptar la opción discursiva nos permite no caer en un modelo subjetivista del actor, a la par que permítenos pensar que, para que las experiencias sociales compartidas a partir de las cuales se elaboren identidades grupales sean significativas (al modo en el que lo ha hecho, por ejemplo, el investigador argentino Alejandro Grimson; 2004 y 2011), deben ser necesariamente consideradas desde el punto de vista de la dimensión discursiva. Si bien Grimson extrema su postura para denunciar –y oponerse– a la dicotomía entre esencialismo y constructivismo, resulta interesante su propuesta ya que defiende a la identidad como categoría útil para realizar investigaciones empíricas.

Grimson critica al esencialismo y al constructivismo por ignorar una dimensión que él considera esencial: la experiencia compartida y *sedimentada* de los grupos, experiencias históricas que comparten los miembros de un grupo “articulando su diversidad y desigualdad en modos de cognición y acción que presentan rasgos comunes” (Schuttenberg, 2007, p. 28). De este modo, al mismo tiempo que denuncia a las concepciones de identidad que la entienden como un conjunto de rasgos objetivos, Grimson muestra que uno de los grandes límites del constructivismo es que no logra explicar o comprender por qué determinadas construcciones identitarias han sido exitosas.

Este autor propone entonces una tercera vía superadora, el *experiencialismo*, que coincide con el constructivismo en que las identidades son el resultado de un proceso histórico y contingente, aunque se diferencia de éste porque “enfatisa la sedimentación¹² y porque subraya que no se trata sólo de procesos simbólicos resultados de fuerzas simbólicas, sino de lo vivido históricamente en el ‘proceso social total’” (Grimson, 2004, p. 3)¹³. La tarea, el desafío para el investigador, es intentar comprender por qué los sujetos y los grupos tienden a considerar las identidades como entidades eternas y naturales, y por qué algunas construcciones son exitosas y otras, por el contrario, fracasan.

Considero que esta ‘entrada’ experiencialista a la problemática de la identidad no es contrapuesta, sino complementaria a cuanto he referido más arriba al caracterizarla como constituida discursivamente, ya que nos permite pensar cómo operan elementos que, desde una mirada semiológica, podrían ser ligados a la referencialidad o a la objetualidad. Aquello que en palabras de Grimson es preocuparse por el motivo por el cual algunas historias han sido eficaces en la construcción de identidades, en relación a mi investigación significa preguntarnos cuáles son las narrativas que han sido exitosas a la hora de proponer una(s) identidad(es) de y para los emigrantes argentinos, y qué elementos de la construcción social de lo real a la que aludía Verón podemos identificar en esa semiotización¹⁴.

¹¹ En cursiva en el original.

¹² Por *sedimentación* Grimson entiende un proceso histórico que no es lineal o geológico (a pesar de que así podría entenderse por la asonancia del término). Para despejar ese posible equívoco, este autor sostiene que “la noción de *sedimentación* debe estar acompañada por otros dos conceptos: los de *erosión* y *acciones corrosivas*. La erosión (...) alude a cómo el paso del tiempo –encarnado en crisis, guerras, gobiernos, sentimientos colectivos y demás– puede disolver parcial o totalmente los sedimentos de ciertos momentos históricos. En cambio, con la noción de acciones corrosivas aludimos específicamente a los agenciamientos sociales y culturales que apuntan a provocar la ruptura, la elaboración o la disolución de sedimentos concretos” (Grimson, 2011: 167). Asimismo, la noción de sedimentación no alude a vivencias o significados de procesos que estarían distribuidos en modo homogéneo en la sociedad; por el contrario, se trata de dar cuenta de cómo esas heterogeneidades, ligadas a desigualdades sociales y de poder, “Son procesadas en articulaciones históricamente situadas: las ‘configuraciones culturales’”. (Grimson, 2011: 168)

¹³ Analizando el caso –y la nación– argentinos, Grimson propone que hay dos experiencias (o “fantasmas”; Grimson, 2004: 10) que han marcado determinadas lógicas culturales de los habitantes de ese país: el *genocidio* y la *hiperinflación*. El genocidio, impulsando un consenso sobre el no retorno a un régimen dictatorial, “el abrumador consenso de que una democracia resquebrajada es preferible a cualquier autoritarismo” (ibídem); consenso que impulsó, por ejemplo, las acciones populares de diciembre de 2001. La hiperinflación, por su parte, promovió un impacto cultural duradero: el cortoplacismo, la transformación de las nociones del tiempo asociadas al futuro y a la planificación. Luego de la hiperinflación, sostiene este autor, incluso los modelos temporales de la protesta social se ven afectados por un modelo de acción que asocia eficacia a cantidad e incluso simultaneidad, más allá de una previsión táctica futura.

¹⁴ Verón plantea que “el referente no es algo del mundo, es algo-del-mundo-designado-por-algún-signo. El referente, pues, presupone el signo” (Verón, 2006: 40). Siempre en el marco de su abordaje de Peirce, Verón muestra que, en el nivel de la semiosis,

Es posible afirmar ahora que si hablamos de *experiencia* lo hacemos no desde el punto de vista de una ligazón con un posible *real* exterior al discurso, sino que se relaciona con las concepciones de sí y las identidades elaboradas a través de relaciones sociales, de vínculos discursivos en cuya superficie las condiciones de producción (materiales, económicas, interpersonales) dejan huellas. No es relevante, entonces, la pregunta sobre si los hechos o momentos a los que se vincula una cierta identidad poseen una existencia *real*; es más, esta cuestión sería impropia de acuerdo al recorrido epistemológico que he venido trazando. En este marco, sostengo que el énfasis por la *experiencia* que ponen en juego autores como Grimson tienen que ver más bien con un intento de cuestionar la banalidad de un constructivismo acrítico, incapaz de operativizar las potencialidades discursivas que se han marcado, que con una escisión entre una esfera de lo real y otra del discurso que lo representaría.

En este sentido, es clara la opción tomada en lo que respecta a tal dicotomía: no se trata de ‘reducir’ la naturaleza de los fenómenos sociales a fenómenos semióticos, sino de proponer que para comprender su *sentido* es imposible pensarlos por fuera de su dimensión significativa. Haciéndolo, nos preocupamos al mismo tiempo por dar cuenta de los fundamentos sociales que operan en la discursividad; esta articulación es la que, propongo, otorga validez y consistencia a trabajos que, como el que me ocupa, ubiquen a las indagaciones sobre la identidad en un lugar central.

Referencias bibliográficas

Altamirano, C. (dir.) (2002). *Términos críticos de sociología de la cultura*. Buenos Aires: Paidós.

Arfuch, L. (2005). Problemáticas de la identidad, en Arfuch, L. (comp.), *Identidades, sujetos y subjetividades*. Buenos Aires: Prometeo, pp. 21-43.

Bauman, Z. (2003). De peregrino a turista, o una breve historia de la identidad, en Hall, S. y du Gay, P. (comps.), *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires: Amorrortu, pp. 40-68.

Brubaker, R. y Cooper, F. (2001). Más allá de ‘identidad’, en *Apuntes de Investigación del CECyP*, N°7, pp. 30-67. Disponible en <http://comunicacionycultura.sociales.uba.ar/files/2013/02/Brubaker-Cooper-espanol.pdf>. Consultado el 04/05/2015.

Grimson, A. (2004). La experiencia argentina y sus fantasmas, en Grimson, A. (comp.), *La cultura en las crisis latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO, pp. 177-193.

Grimson, A. (2011). *Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad*. Buenos Aires: Siglo XXI.

el signo representa al objeto y éstos son producidos en la red de la semiosis, que involucra la primeridad y la terceridad peirceana. La realidad de lo real que se pone en juego en el objeto sólo es posible de ser reencontrada en la red interdiscursiva, en lo que el autor llama la *clausura semiótica* (Verón, 2006).

Grossberg, L. (2003). Identidad y estudios culturales: ¿no hay nada más que eso?, en Hall, S. y du Gay, P. (comps.), *Cuestiones de identidad cultural*, Buenos Aires: Amorrortu, pp.148-180.

Hall, S. (2003), ¿Quién necesita 'identidad'?, en Hall, S. y du Gay, P. (comps.), *Cuestiones de identidad cultural*, Buenos Aires: Amorrortu, pp. pp. 13-39.

Klein, I. (2009). *La narración*. Buenos Aires: Eudeba.

Ortiz, R. (1998) *Otro territorio*. Santafé de Bogotá: Convenio Andrés Bello.

Restrepo, E. (2007). Identidades: planteamientos teóricos y sugerencias metodológicas para su estudio, en *Revista Jangwapana*, N°5, pp. 24-35.

Scavino, D. (2010). *La filosofía actual. Pensar sin certezas*, Buenos Aires: Paidós.

Schuttenberg, M. (2007). Identidad y globalización. Elementos para repensar el concepto y su utilización en ciencias sociales, en *Cuadernos de H Ideas*, año 1, N°1.

Verón, E. (1998). *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Barcelona: Gedisa.

Verón, E. (2006). Sobre experiencia y discurso, en *Revista de Estudios Sociales*, N°24, pp. 39-44.

Verón, E. (2013). *La semiosis social, 2. Ideas, momentos, interpretantes*. Buenos Aires: Paidós.